Año IX.—Núm. 2549. Jueves 13 de Noviembre de 1862. Primera edicion.

LA IBERIA.

DIARIO LIBERAL.

MADRID. Edicion grande: mes, 14 rs.—Pequeña: mes, 4 rs.—Números sueltos. Ediciones grandes: 8 cuartos.—Edicion pequeña vendida por los espendedores: 2 cuartos.—Puntos de suscricion. Administracion, calle de Fuencarral, núm. 23; librerías de Cuesta, Bailly, Lopez, Paredes. Publicidad. Mora y Castillo.—Anuncios y comunicados, en la Administracion.

Cuatro ediciones tipográficas. Secciones especiales de Administracion, Tribunales, Agricultura, Religion, Instruccion pública, Ciencias médicas, Obras públicas, Ejército, Marina, Crítica, Teatros, Modas, etc., Diario oficial, Diario mercantil, Diario de anuncios, 200 páginas de novelas. 100 páginas de obras instructivas.

PROVINCIAS. Mes, 19 rs.—Trimestre, [illegible].—Semestre, 102.—Estranjero y Ultramar: Trimestre, 60.—Semestre, 138.—Librando [illegible]. Provincias: Mes, 19 rs.—Trimestre, 48.—Semestre, 90.—Ultramar y Estranjero: Trimestre, [illegible].—Semestre, 142.—Ediciones pequeñas. Provincias: Trimestre, 19 rs.—[illegible] Trimestre, [illegible].

Las suscriciones, reclamaciones, cuanto concierne á la Redaccion y Administracion de LA IBERIA, se remitirán todas al Director del periódico.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias, cuyo abono termina el 15 del presente se servirán renovarle si no quieren esperimentar retraso en el recibo de La Iberia.

Las suscriciones empiezan el 1.° y 16 de cada mes.

El Comité Central de elecciones del partido progresista, á sus correligionarios políticos.

Acaban de verificarse las elecciones municipales, en las que si el partido progresista no ha triunfado más que en parte, ha conseguido demostrar que no solo puede arrostrar las iras de los Gobiernos, sino que sabe hacerse superior á la corrupcion política que hoy domina.

Con una ley que al mismo tiempo que concede derecho electoral á cási todos los que cobran del Tesoro público, se lo niega á la mayor parte de los que á él contribuyen; con unas listas que comprenden tantos empleados como contribuyentes; con los repugnantes abusos á que dá lugar esa llamada *influencia moral*, escarnio de la libertad, política viciada que vá corrompiendo el sistema representativo, no esperaba el Comité Central, y así lo dijo terminantemente en su Manifiesto, el triunfo de sus candidatos en la última lucha electoral.

Lo que sí esperaba y se ha realizado por completo, era que sus amigos políticos aceptasen tan desigual combate con fé, con decision y con valor; era que el partido progresista, organizado y compacto, lejos de abatir su bandera rindiéndose ante desiguales armas, ó huyendo del campo escojido por el enemigo, la desplegára y la defendiera orgulloso, si no con propósito de vencer, con ánimo de combatir; que los partidos que desmayan, se enervan y desaparecen; que los que no luchan con su bandera desplegada, se convierten en camarillas; que los partidos, en fin, no solo son útiles á su patria por la realizacion de sus ideas en el poder, sino tambien, y no ménos, por el combate constante de las contrariedades en la oposicion.

El Comité Central ha visto con gusto convertidas en realidad sus esperanzas, lo mismo en Madrid que en otros puntos de la Península de que hasta ahora tiene noticia; y al felicitarse y felicitar cordialmente á sus correligionarios políticos por tan halagüeña perspectiva, no puede menos de recomendar á las Juntas directivas de todos los distritos, y á sus amigos todos, la misma fé, el mismo celo y la misma perseverancia que hasta aquí han desplegado, preparándose sin descanso para las nuevas luchas que puedan sobrevenir.

Animo, pues, y adelante: á los cuidados de nuestros adversarios por sus intereses particulares, opongamos nuestra solicitud por los intereses públicos; á sus guerras interesadas é intestinas, nuestro patriotismo y nuestra organizacion; á su odioso escepticismo, nuestra inquebrantable fé; á su inmoralidad política, nuestra nunca desmentida honradez; y vencedores ó vencidos, conseguiremos demostrar los vicios de los malos Gobiernos, iremos estendiendo en nuestro país costumbres políticas, contribuiremos á facilitar el movimiento regular de las instituciones representativas, y alcanzaremos siempre, como hemos alcanzado ahora, la distinguida honra de la confianza de la opinion independiente.

Madrid 6 de noviembre de 1862.—Pascual Madoz.—Ramon María Calatrava.—Santiago Alonso Cordero.—Joaquin Garrido.—Fernando Corradi.—Laureano Figuerola.—José de Olózaga.—Fernando Hidalgo Saavedra.—Isidro Aguado y Mora.—Telesforo Montejo y Robledo.—Tiburcio de Ibarbia.—Inocente Ortiz y Casado.—Manuel Lasala.—Mariano Ballestero.—Manuel Ruiz de Quevedo.—Francisco Salmeron y Alonso.—Cárlos M. de la Torre.—Juan Ruiz del Cerro.—Julian Santin de Quevedo.—Francisco de Paula Montemar.—Pedro Martinez Luna.—Angel Custodio de la Guardia.—Francisco de Paula Montejo.—Nicolás Ortega y Redondo.—Baltasar Hermoso del Caño.—Ramon Ugarte.—José Carrion y Anguiano.—Práxedes Mateo Sagasta, secretario.—P. Calvo Asensio, secretario.

POLITICA.

Sirviéndose de imágenes poco respetuosas para las testas coronadas de Europa, un periódico neo barajó hace dias los nombres de todos los Reyes en activo servicio, tratándoles con una falta de consideracion de que apenas se encuentra ejemplo en los diarios mazzinianos: nuestro realista y neo-católico colega, hizo aparecer á Su Santidad Pio IX jugando á las cartas; calificó á Víctor Manuel de tahur, y acabó, en fin, por declarar que *el derecho divino no sirve para nada*, única cosa en que estamos conformes con el periódico á que aludimos: de la contestura de su artículo pueden juzgar nuestros lectores, recordando el siguiente trozo que es el más importante:

«En Roma, donde siempre se juega limpio, continúa el Papa ganando la partida, sin más que decir: «*No paso.*»

En Austria ha bastado que el Emperador quiera jugar con un poco de buena fé, para que los tahures no puedan impedirle que vaya sentando bazas. Los príncipes y Estados alemanes se vuelven al Austria desde que han conocido el juego de Prusia.

En España, donde todavía no se han reconocido las usurpaciones del Rey Víctor Manuel, la Reina doña Isabel II halla todos los caminos por donde vá sembrados de flores.

Este es uno de los platillos de la balanza.

En el otro están los Monarcas reconocedores del reino itálico, y están del modo siguiente:

El Emperador de Francia, entre los rayos del Vaticano y las bombas de Orsini:

El Emperador de Rusia, entre la *espada de Polonia y la pared de Inglaterra*:

El Rey de Prusia, entre su *derecho divino*, que no le sirve de nada, y sus cómplices francmasones que le sirven demasiado:

El Emperador de Turquía, averiguando si ha de ser británica ó moscovita la salsa en que ha de ser guisado:

Inglaterra, jugando con la estopa mazziniana, y quemándose con el fuego irlandés.»

Hemos dejado pasar algunos dias, esperando que los órganos del ministerio contestáran á la clasificacion del diario neo-católico, y con sorpresa nuestra, la han confirmado por medio del silencio; ellos que tanto blasonan de respeto al Papa, no han tenido nada que decir al ver que se le presenta con un naipe en la mano, diciendo *no paso*; ellos, que cuando se ven apurados hablan de su interés por los italianos, no han llevado á mal que se les llame tahures; ellos, tan afectos á Napoleon cuando les conviene ese papel, se han conformado con que aquí se le pinte intimidado por los rayos del Vaticano, del Vaticano, cuyo poder temporal solo lo debe hoy á la Francia.

Todo esto es ya por sí solo chocante; pero lo es sobremanera que los diarios situacioneros, tan aficionados á alardes de monarquismo, consientan y autoricen con su silencio la distribucion de reinados en la balanza indicada. Allí se ponen en un platillo al Rey de Roma, al Emperador de Austria y á la Reina de España; y en el otro al Emperador de Francia, al de Rusia, al de Turquía, al Rey de Prusia y á la Reina de Inglaterra; es decir, que se coloca el reinado actual de España entre los dos únicos reinados absolutistas puros de Europa: junto al Austria, que no reconoció á Isabel II mientras estuvo en litigio su Trono, ganado al fin por el partido liberal, y Roma, que reconoció á don Cárlos, el que la disputó la Corona en nombre del absolutismo.

Será error nuestro, será que no lo entendamos; pero nosotros, si hubiéramos incurrido en la debilidad ó la torpeza de servir á esta situacion, nos hubiéramos apresurado á dedicar á la contradiccion de la balanza realista, cuando menos, tantas líneas como las que los diarios satisfechos han escrito para discutir la fecha en que saldrá de su estado interesante la generala Serrano, ó la intensidad de la indisposicion y mareos de la generala O'Donnell.

Por lo demás, aceptado el sistema de poner á peso las Monarquías constitucionales y las absolutistas, el resultado para el periódico realista no puede ser más desconsolador: sin descender á pormenores, ni á pesar todos los Reyes fieles al espíritu moderno, nos basta poner en el platillo constitucional á:

La Reina de Inglaterra.
El Rey de Bélgica.
El de Portugal.
El de Italia.

Y despues no tenemos inconveniente en que nuestro colega eche en el platillo opuesto, todos los príncipes que encuentre á mano:

El Emperador de Austria.
El de Rusia.
El Rey de Roma.
El de Nápoles.
El de Grecia.
El duque de Módena.
El de Parma.
El de Toscana.

La balanza no se inclina del lado de los Reyes reñidos con el liberalismo.

Mientras que Inglaterra entró en Sebastopol, mientras la Reina es querida del pueblo inglés, y á nadie se le ocurre la idea de que pueda sufrir la menor contrariedad su dinastía, el Emperador de Rusia, vencido en Crimea, ha tenido que ceder tambien en su sistema absolutista, y por todas partes advierte síntomas marcados de un sacudimiento en su Imperio.

Mientras que el Piamonte se ha convertido en una gran nacion, el Austria ha perdido la Lombardía, y está en vísperas de perder el Véneto, y su Emperador ha tenido tambien que ceder al espíritu liberal, lo cual no evita que tenga muchas y muy fundados motivos de zozobra.

Mientras que al Rey de Portugal le sonrie la fortuna anunciándole grandes prosperidades, el Rey de Roma se halla pendiente del capricho de un príncipe estranjero, á quien tiene que vituperar y aplaudir á la vez.

Mientras que el Rey de Bélgica tiene consigo la voluntad de todos los súbditos, el de Grecia ha tenido que obedecer á la voluntad unánime tambien del pueblo; pero unánime en lanzarle del Trono.

Nadie que se coloca en el platillo constitucional, vacila ni se conmueve; todos los Reyes que tienen á su lado la opinion se sostienen firmes, y no se inquietan en lo más mínimo por el porvenir de su dinastía.

Nadie, por el contrario, está seguro en el platillo opuesto; de él han caido en tres años el Rey de Nápoles, el duque de Módena, el de Parma, el de Toscana, el de Grecia, casi á razon de dos por año; de él se está desprendiendo el Rey de Roma, y tal vez el de Prusia; resulta, pues que no quedan más que el Emperador de Rusia y el de Austria, y están inclinándose en el platillo contrario: ya vé nuestro colega á dónde se inclina la balanza, y qué poco consolador es para los realistas poner á peso las diferentes clases de Reyes.

Pero aún es más elocuente para los Reyes mismos esta demostracion específica de la consistencia de los reinados, segun que cuentan ó nó con la opinion; la esperiencia nos demuestra que oponiéndose á ella, no solo pierden el Trono, sino que se le hacen perder á su descendencia, y destierran su dinastía; porque los pueblos han aprendido á no contentarse con la variacion de nombres.

Napoleon I se resignó á perder el Imperio, con la esperanza de que se sentára en el Trono Napoleon II, y no lo consiguió.

Cárlos X se daba por contento con que le sustituyera el duque de Burdeos; la duquesa de Berry no omitió diligencia para poner la Corona en su hijo; la Corona pasó á Luis Felipe.

Luis Felipe llevaba menos mal la abdicacion, con tal que asegurára en el Trono al conde de Paris; la duquesa de Orleans, buscando el camino del Trono, se encontró con la República.

La duquesa de Parma invocaba la inocencia de su hijo, como título bastante para que la sustituyera; el pueblo la declaró inocente á ella misma.

Y cuenta que estas tres madres, la duquesa de Berry, la de Orleans y la de Parma, cuál más, cuál menos, todas buscaron primero la fidelidad por la fuerza; despues invocaron la piedad del pueblo, haciendo valer la debilidad de su sexo, mostrando los hijos en sus brazos, tratando de conmover á la multitud por medio del espectáculo teatral, antiguamente de una eficacia infalible sobre los sentidos de las masas; todas trataron de adquirir por medio de lágrimas, lo que no podian imponer por medio de sangre.

Pues bien; ahora mismo al verse el Rey Othon lanzado de Grecia, ha querido retener la Corona para trasladarla á las sienes de su hermano, por medio de una abdicacion. El Gobierno provisional, dejando á un lado el entretenimiento del Rey espulsado, ha pronunciado, juntamente con su destitucion, la de su dinastía.

La balanza del periódico realista es, pues, la más elocuente demostracion del porvenir de los Reyes absolutistas ó que se olvidan del sistema liberal, segun el platillo en que se colocan.

La prensa ministerial está desde hace algunos dias sériamente preocupada por la cuestion Mon, caballo de batalla de esta situacion eminentemente personalista.

En primer lugar, anuncia *La Correspondencia* que han celebrado ayer una conferencia de más de una hora el señor Mon y el presidente del Consejo de ministros. Esta sesion, segun parece, ha sido preparatoria, pues despues de ella se ha celebrado un Consejo de ministros.

La Competente manifiesta además que anteayer y ayer por la mañana los amigos del señor Mon creian que este señor aceptaria la presidencia del Congreso, ayer á mediodia lo ponian en duda, y al anochecer ¡qué dolor! decian que ya no seria presidente.

Esto no obsta para que el corresponsal *N*..., en una de sus famosas cartas dirijidas al *Diario de Barcelona*, publicada con fecha del 7 en el número de este periódico que ayer se recibió en Madrid, diga lo siguiente:

«El Gobierno y el señor Mon se conocen bien, conocen á las oposiciones, y saben el valor que tienen sus *tours de force*. Hoy debe tener don Alejandro una conferencia con don Leopoldo, y estoy seguro que estarán los dos á partir un piñon, como vulgarmente se dice. Don Alejandro presidirá, pues, el Congreso, y como tal, será el jefe y el símbolo de la mayoría parlamentaria que apoya la política del Gabinete O'Donnell.»

¡Oh armonías de la prensa situacionera, que por la noche cree lo contrario de lo que cree por la mañana!

Como en esta situacion todas las doctrinas se reducen á nombres propios, no tienen nada de estraño estas perpétuas contradicciones, estas vacilaciones contínuas.

El Gobierno no podrá preocuparse por la dicha del país; pero en cambio no se le pega la camisa al cuerpo cuando alguno de sus prohombres pone el ceño torvo.

¡Y si el señor Mon fuera general! Entonces veriamos llover sobre él halagos, caricias, promesas, en una palabra, todo el arsenal de que dispone esta situacion para atraer á los semi-descontentos.

Escritas las anteriores líneas, recibimos *La Época*, que en su seccion de ÚLTIMA HORA anuncia lo siguiente:

«Se nos acaba de asegurar que despues de una conferencia celebrada esta mañana entre el señor presidente del Consejo de ministros y el señor don Alejandro Mon, este ha declinado la honra de aceptar la candidatura para la presidencia del Congreso, que el Gobierno estaba dispuesto á apoyar cerca de la mayoría, si bien haciendo repetidas protestas de adhesion al Gabinete.

A la hora avanzada en que llega á nosotros esta noticia, que lamentamos vivamente, nos es imposible comprobar su exactitud; pero estamos seguros de que cualesquiera que sean los motivos de delicadeza que hayan obligado al señor Mon á no admitir tan importante puesto, no faltará su apoyo á una situacion, al lado de la cual se halla desde su orígen y á la que está prestando importantes servicios.»

Y ahora, ¿nos dirán los ministeriales en qué posicion queda el marqués del Duero?

No vamos á terciar en la polémica suscitada entre los ministeriales, á propósito del *elemento nuevo*. Nuestra opinion ya la conocen los contendientes, y el público sabe bien hasta qué punto está fundada. Lo único que pone hoy la pluma en nuestra mano, es el dar cuenta del rumor que circula sobre la actitud en que quieren colocarse algunos, si no todos los jóvenes que componen eso que se llama «elemento nuevo.»

Dícese que el grupo de que hablamos ha celebrado una reunion, y que en ella hubo quien espuso lo conveniente que seria no hacer caso de la consigna ni del tacto de codos en los próximos debates; que era necesario presentarse de frente, tener iniciativa, voluntad propia; que el proceder así, no solo les daria importancia, sino les proporcionaria la ocasion de disculpar su pasado silencio, su debilidad ante los halagos artificiosos del poder: que la próxima legislatura será acaso de duracion corta, y que convocada la nacion para elejir nuevos representantes, se hacia lógico, imprescindible, ya que hasta aquí habian callado sin dar señales de vida, mudar de rumbo; llamar sobre ellos la atencion del país, y poder volver á ocupar un puesto en el que por consideraciones, más que políticas personales, se habian resignado á pasar desapercibidos, á votar y nada más, á negarse á sí propios en su cualidad de jóvenes, en sus esperanzas, en sus deseos.

Dícese además, que estas palabras hallaron gran eco en los circunstantes, y que como consecuencia de ellas, y para quedar en libertad completa de accion, varios de dichos jóvenes, que tienen participacion en el presupuesto, dimitirán sus destinos, comprendiendo que de lo contrario sus conatos de independencia y de ambicion legítima á nada conducirian, si los hechos no se procuraba que fueran unidos á sus palabras para prestarlas autoridad y significacion.

Hasta aquí las noticias que han llegado á nuestros oidos. ¿Serán inexáctas ó tendrán fundamento? Por nuestra parte lo ignoramos, y por eso no queremos mostrarnos indiscretos, dando á luz nombres propios.

Por lo demás, y no olvidando que el grupo de jóvenes mencionados se halla en una situacion desairada y altamente crítica, parécenos que está muy en lo posible el que no quiera seguir anulado, y haga los mayores esfuerzos para no morir cuando apenas ha saludado los albores de la vida pública.

¡Que los resellados no aman la libertad! ¡Qué impostura!

¡Que los resellados no levantan su voz contra la reaccion! ¡Qué falsedad!

Ayer mismo uno de esos diarios nos dá una prueba elocuente de su amor inmenso hácia el progreso.

—¿Cómo es eso? Los resellados, que tan bien procuran estar con su estómago, ¿han roto con el general O'Donnell?

¿Judas ha devuelto los 30 dineros con el vano intento de reparar su apostasía?

Si álguien nos dirijiese estas preguntas contestaríamos:

—Tenga Vd. paciencia, amigo mio, y ya verá Vd. cómo los resellados pueden hablar de libertad, hacer grandes homilías sobre la tiranía, levantar altares á los héroes... y... sentarse á la mesa de la union liberal.

En efecto; los resellados acusan de retrógrado al Sultan.

—¿Al de Marruecos?

—Nó; ese está demasiado cerca de nosotros, y de cuando en cuando envia de regalo á los unionistas algun caballo de pura raza. Se trata del Sultan de Turquía. ¡Oh, el Sultan de Turquía! Verdaderamente somos aquí muy desgraciados.

Cuando los contribuyentes reciban recargos y más recargos en la contribucion, deben esclamar:—¡Pícaro Sultan, y cómo abusas del paciente pueblo español!

Cuando se construyan conventos y más conventos:—¡Cosas del pícaro Sultan!

Cuando se recoja y se denuncie y se multe á la prensa de oposicion:—¡Despotismo del Sultan!

¡Pobre Sultan! ¡Pobre Gran Señor! Los tiros que te disparan los resellados, no te herirán seguramente. Tú eres malo, déspota, orgulloso; tienes á tu pueblo sin garantías, sin derechos, sin otra ley que tu capricho: quizá no *entiendas de leyes*; pero al fin no eres un Sultan de Carnaval como lo son los Sultanes de por acá, los mismos que reciben adoracion é incienso de los que á tí te anatematizan, sin duda porque estás lejos de aquí y porque ni por sus censuras has de ponerles á la garganta el cordon estrangulador, ni por sus elogios investirlos con el bajalato.

Estamos en un todo de acuerdo con las siguientes observaciones que le sugiere á *Las Novedades* una declaracion de *El Diario Español*:

«Dice *El Diario Español* que el Gabinete actual desde su orígen, así como los hombres llamados á constituirle, significaban y significan *la integridad de los principios políticos consignados en la Constitucion de* 1845, *cuya integridad fué la causa del alzamiento de* 1854. Estamos de acuer-

—No señor,—respondió el abogado.

—Entonces quedan terminados los debates.

Hubo en el auditorio un gran movimiento de interés seguido de un profundo silencio.

El resúmen del presidente separaba ya solamente al acusado de su sentencia. Eran las cuatro de la mañana. Comprendíase que este resúmen seria corto, y por el modo con que el digno presidente habia conducido los debates, se conocia que seria imparcial.

Así que desde el momento que se dispuso á hablar, los ugieres no necesitaron imponer silencio. La multitud calló por sí misma.

Este resúmen preciso, claro y conciso, lleno desde la primera á la última palabra de la más escrupulosa imparcialidad, fué constantemente escuchado con el más religioso silencio.

Apenas el presidente concluyó de hablar, todo el auditorio se levantó espontáneamente como un solo hombre, dando las más vivas muestras de aprobacion, con las que se mezclaban los aplausos de los abogados.

Mr. Gerard habia escuchado al presidente con la palidez de la angustia sellada en la frente. Conocia que en el alma del hombre justo que acababa de hablar, existia, si no la acusacion, por lo menos la duda.

Eran las cuatro poco más ó menos, cuando el Jurado se retiró á la sala de deliberaciones.

Lleváronse tambien al acusado; y ¡cosa inaudita en los fastos de los tribunales! ni una de las personas que allí estaban presentes desde por la mañana, pensó en marcharse, fuera el que quisiera el tiempo que tardasen en deliberar.

Lo que sí hubo desde aquel momento en la sala, fué un inmenso y animado coloquio sobre las diversas circunstancias de los debates, al propio tiempo que se apoderaba de todos los corazones una horrible ansiedad.

Mr. Gerard habia preguntado si podia retirarse. Habia tenido fuerza para oir requerir la pena de muerte, pero no la tenia para oirla pronunciar.

Levantóse para salir.

Ya hemos dicho que la muchedumbre era completa, y sin embargo, en el momento se abrió camino á través de ella.

Cada cual se separó como para dejar paso á un animal inmundo y venenoso.

El más pobre, el más insignificante de los oyentes, se creia manchado con solo el contacto de aquel hombre.

Hácia las cuatro y media se oyó un campanillazo.

El sonido de esta campanilla produjo un estremecimiento general.

En seguida, como una marea creciente, la muchedumbre invadió de nuevo la sala, volviendo cada cual á ocupar su puesto.

Pero era una vana emocion; uno de los jurados pedia una pieza del proceso.

Sin embargo, los primeros rayos de un sol pálido y gris se filtraban á través de las ventanas, y empezaban á hacer palidecer la luz de las lámparas y de las bujías.

Era una hora en que hasta las más robustas organizaciones sienten el cansancio; en que los más alegres caractéres comprenden la tristeza.

Era la hora en que se siente frio.

Hácia las seis resonó un nuevo campanillazo.

Esta vez no cabia ya duda: lo que despues de dos horas de deliberacion se iba á pronunciar, era, ó el veredicto de no culpabilidad, ó la sentencia de muerte.

Un movimiento eléctrico se comunicó á todo el auditorio, que casi se puede decir que fué perceptible en su superficie.

Restablecióse el silencio como por encanto en aquella asamblea tan ruidosa y agitada momentos antes.

La puerta de comunicacion entre el salon de audiencia y el de deliberaciones se abrió.

Los miembros del Jurado aparecieron, y cada cual pensó y se esforzó por leer de antemano en las caras la sentencia que iba á pronunciarse.

Las facciones de algunos espresaban la más viva emocion.

El tribunal entró pocos momentos despues.

El jefe del Jurado se adelantó, y puesta la mano sobre el pecho, comenzó con débil voz la lectura de la siguiente deliberacion:

«Cinco eran las cuestiones sometidas á la decision del Jurado.

LIBRO DÉCIMOOCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

Los amantes de la calle Macon.

Hemos dicho el efecto que produjo en el interior del salon la sentencia de Mr. Sarranti.

No fué menor el efecto que produjo en el esterior.

Apenas pronunció el presidente estas palabras «pena de muerte,» un prolongado gemido, un inmenso grito de espanto, lanzado á la vez por tres mil pechos, resonó hasta en la plaza del Chatelet, como si la campana que antes de la revolucion existia en la torre cuadrada del relój hubiera hecho coro con la de San German-l'Auxerrois en la noche del 24 de agosto de 1572 para dar la señal de la matanza de una nueva San Bartolomé.

Toda aquella muchedumbre se retiró triste y silenciosa, deslizándose lenta y lúgubremente, con el corazon encojido y agobiado bajo el peso de la terrible sentencia que acababa de pronunciarse.

El que se hubiera hallado de pronto trasportado al nido encantador que habitaban Fresolina y Salvador hubiera sentido una impresion dulce y agradable, una impresion semejante á la que debe causar el aire puro y fres-

CAPITULO XIV

TRIBUNAL DE ASSISES DEL SENA.

Audiencia del 29 de abril.—Proceso Sarranti.

(*Continuacion.*)

La cuestion estaba clara y francamente fijada.

En un lado, la conspiracion refugiada en su fé imperial, en la religion de su juramento, formaba no un escudo, sino una palma de su mismo crímen.

En el otro el ministerio fiscal, decidido á no perseguir en Mr. Sarranti al criminal de alta traicion, al culpable de lesa majestad, sino al ladron de cien mil escudos, al raptor de dos niños, al asesino de Ursula.

Defenderse de estas acusaciones, era admitirlas; rechazarlas paso á paso y una á una, era admitir su existencia.

Manuel Richard, por órden de Mr. Sarranti, no habia hecho frente, ni aun por solo un momento, á la triple acusacion que perseguia el ministerio fiscal. Dejaba al público juez de la singular posicion de un abogado que confiesa un crímen que no se le quiera hacer confesar, y que lleva en pos de sí, no una disminucion, sino un aumento de

© Biblioteca Nacional de España